

Ciencia y humanidades en el trabajo social: Una trayectoria tortuosa

Science and Humanities in Social Work: A tortuous path

Emilia E. Martinez-Brawley¹ y Paz M-B Zorita²

Resumen

La experiencia histórica, sugiere que el vaivén de los paradigmas profesionales refleja más el tenor del *Zeitgeist** de la sociedad que el pensar seminal de la profesión. En este artículo, el objetivo es reconocer la influencia de varios paradigmas y alentar a los trabajadores sociales no sólo a elegir el más apropiado para ellos sino también resistir aquellos que con su rigidez ignoran la naturaleza compleja, confusa, fluida y enigmática del ser humano. Este artículo abre las puertas a la duda metodológica para que la profesión pueda enfrentar críticamente los cambios de paradigmas, asimilando aquellos que amplifiquen capacidades y rechazando a los que deshumanicen.

Palabras clave: Trabajo social y ciencia; trabajo social y humanidades; paradigmas; profesionalización; periodo post-modernista.

* Expresión del idioma alemán que significa “el espíritu (Geist) del tiempo (Zeit)”. Se refiere al clima intelectual y cultural de una era.

Para citar el artículo: MARTINEZ-BRAWLEY ZORITA, Emilia Paz. Ciència i humanitats en el treball social: Una trajectòria tortuosa. *Revista de Treball Social*. Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, agosto 2016, n. 208, pàgines 154-163. ISSN 0212-7210.

¹ John F. Roatch Professor of Social Work. Arizona State University.

² Associate Professor of Social Work. Arizona State University

Abstract

Experience through history suggests that the swinging in professional paradigm reflects more the purport of society's 'Zeitgeist' than the seminal thinking within the profession. The aim of this article is to acknowledge the influence of various paradigms and encourage social workers to not only choose the most relevant ones for them but also to discard those that due to their rigidity do not comprehend the complex, hazy, flowing and enigmatic nature of the human being. This article opens the door to methodological doubt so professionals can confront critically the changes of paradigms, assimilating those that amplify capacities and rejecting those that dehumanise.

Key words: Social Work and Science; Social Work and Humanities; paradigms; professionalization; post-modern period.

* German word that refers to the spirit, attitude, or general outlook of a specific time or period, especially as it is reflected in literature, philosophy, etc.

Desde el comienzo del siglo XX, cuando el trabajo social comenzó sus esfuerzos de profesionalización, se ha debatido el lugar de la ciencia y el papel de las humanidades, especialmente la filosofía y la ética en la práctica profesional. La tensión aumentó cuando Flexner (1915), en los EEUU, acusó al trabajo social de ser sólo una semi-profesión. El trabajo social anglo-sajón, emprendió una batalla que dura hasta la actualidad para demostrar que el trabajo social tiene una base científica y especializada que refleja un conocimiento *sui-generis* semejante al de otras profesiones. En este ensayo utilizaremos antecedentes bibliográficos de esa batalla, incluyendo editoriales de *Social Work*, la revista emblemática de la profesión en los EEUU, que permiten identificar esa tensión entre las humanidades y la ciencia.

Paradigmas profesionales: Desde las primeras décadas hasta el postmodernismo

Es útil revisar los antecedentes de la lucha paradigmática donde las humanidades y la ciencia se enfrentan aún hoy en el campo de la investigación, la práctica y la educación para el trabajo social. En el *Diccionario de Trabajo Social*, Martínez-Brawley (2012) ofrece una sinopsis de la historia del trabajo social a finales del siglo XIX y principios del XX, cuando evolucionó la profesión desde las Sociedades de Caridad hasta los intentos científicos.

A principios del siglo XX, las organizaciones de caridad querían apartarse del modelo moralista del trabajo social y, respon-

diendo a una aspiración de esa época, imitar a las ciencias naturales. Dado el apogeo de Darwin, Mary Richmond, por ejemplo, con su publicación *Social Diagnosis* (1917), dio popularidad a la frase “caridad científica”. La ciencia social de la época tenía que ver con la observación sistemática de la condición del pobre y con tratar de evitar juicios muy punitivos. Como sugirió Zimbalist (1977) en su resumen de los grandes eventos en la investigación social, el diálogo social de esa época “tenía una fe sin medida en la aplicación de la inteligencia racional y su mejor instrumento, el método científico...” (pp. 17-18, traducción nuestra).

Así comenzaron los trabajadores sociales a registrar observaciones descriptivas a las que a menudo atribuían valor causal y predictivo. A pesar de eso, aquellos que practicaban el trabajo social en organizaciones de caridad nunca abandonaron las dimensiones humanísticas, artísticas y lingüísticas como parte de su instrumental de práctica. Nuevamente, Zimbalist (1977) destaca que aparecieron inmediatamente diferencias de énfasis y temperamento entre los practicantes y los investigadores.

Los investigadores y teóricos se involucraron en la supuesta objetividad del método científico, en el supuesto análisis objetivo de modelos de la vida social, desasociándose más y más de las preocupaciones humanitarias. Como influyente intelectual de la época, Flexner (1915) aceptó una invitación de la *National Conference of Charities and Corrections* de los EEUU para comentar sobre la posición del trabajo social frente a otras disciplinas tradicionales. Flexner no ganó amigos ni entre los trabajadores sociales de agencias ni entre los teóricos pues comentó que la profesión no tenía una base académica o científica específica. Debido a esta carencia, Flexner concluyó que el trabajo social no era una profesión de la categoría de leyes o medicina, ni aun del clero. Esto fue sin duda una sorpresa desagradable para todos los trabajadores sociales que estaban convencidos que sus conocimientos, sobre todo el humanístico, les servían adecuadamente para resolver los problemas que se les presentaran.

Como reacción a este asalto a la auto-imagen y desprecio, los profesionales se organizaron en una asociación unificada, NASW (*National Association of Social Workers*, 1956) que incluía tanto a los clínicos como a los reformadores sociales, y tanto a los que abogaban por una disciplina humanística como por las nuevas ciencias sociales (AUSTIN, 1983). Otra de las críticas de Flexner era que el trabajo social no poseía un órgano escrito para diseminar y solidificar su conocimiento. Así en 1956, se creó la revista emblemática de la profesión en los EEUU, es decir *Social Work*.

En el primer número de la revista, se propuso que el nuevo órgano ofreciera discusiones “serias, provocativas, inventivas y rigurosas” (COHEN, 1956, p.2) que facilitaran las reflexiones profesionales. La intención en aquel entonces no era excluir las deliberaciones principalmente humanísticas que caracterizaban las reflexiones sobre la pobreza pero la realidad resultó

siendo otra. Los humanistas y los científicos tenían objetivos incompatibles: unos, reforma social; los otros, investigación.

Cuando el trabajo social se desarrollaba en el ámbito filosófico y moral, los profesionales respondían a problemas aplicando justicia y prudencia a la práctica. Por ejemplo la definición clásica de Harriett Bartlett y Beatrice Saunders (1970) subraya más los valores morales y las fuentes o instituciones sociales que sancionan la actividad profesional que la base científica. En esa época, la práctica del trabajo social se definía en términos holísticos, con influencia de las teorías freudianas (psicodinámicas) y las de sistemas (TURNER, 2011). Bartlett junto con William Gordon (1965), crearon el marco referencial y la terminología del trabajo social generalista, centrado no en el método sino en los valores y la sanción del profesional.

En los años treinta, cuarenta y aun en los cincuenta, el trabajo social en su práctica clínica, estaba enfocado en las teorías freudianas, que parecían ser científicas porque provenían de la medicina psiquiátrica y utilizaban principios de la psicología, disciplina que se estaba transformando en un proyecto de observación empírica del comportamiento. Las observaciones de los freudianos, no eran realmente científicas en el sentido actual. No existían mediciones, ni experimentos; los diagnósticos eran interpretaciones de fenómenos individuales. La práctica del psicoanálisis estaba reservada para los psiquiatras, no para los trabajadores sociales. Sin embargo, la participación de los trabajadores sociales en el área de salud mental fue significativa.

Hacia fines de los 60, se pusieron en boga las terapéuticas de comportamiento. Para ayudar a bregar con los problemas de conducta, los trabajadores sociales debían estudiar las teorías de modificación de conducta y sus técnicas (Howe, 2009). Durante más de una década, aparecieron trabajos sobre la modificación del comportamiento a través del conductismo (SHELDON, 1986; THOMAS, 1967; THYER and HUDSON, 1987). A principios de los setenta, Fischer (1978) cuestionó la eficacia del trabajo social de casos enfatizando la colección de datos y los resultados demostrables. La influencia del conductismo reforzó la discusión sobre el empirismo y la ciencia en el trabajo social de tal manera que las publicaciones más prestigiosas en los EEUU estaban dominadas por un paradigma hegemónico (MACDONALD, *et al*, 1992). Debates tormentosos aparecieron después de las publicaciones de Fischer (1973, 1978). Martínez-Brawley (2001) sugirió que para “los empiristas más obstinados... la única actividad con mérito era la validación empírica.” Otras formas de conocer eran despreciadas. Heineman (1981) sugirió que el trabajo social había declarado guerra al modelo de investigación basado en la filosofía y las humanidades. Como resultado, requisitos metodológicos en vez de sustantivos determinaban la materia de estudio. La investigación en el trabajo social se hizo estrecha en la tradición empirista, tradición que los mismos filósofos de la ciencia estaban ya dejando atrás (GOLDSTEIN, 1992).

Por otra parte, durante el mismo periodo, los llamados *trabajadores sociales radicales* acusaron a la profesión de servir al sistema capitalista y de ser instrumento de control social. El movimiento de los derechos civiles en los EEUU se había consolidado en los sesenta; la guerra contra la pobreza y el progreso de los centros de salud mental comunitaria, que desinstitucionalizaron a una masa hospitalaria, empleaban miles de trabajadores sociales. El trabajo social a través de sus agrupaciones tuvo que solidarizarse con esos movimientos del mejor modo que pudo. La influencia del movimiento feminista y de los movimientos de grupos raciales y étnicos afectó la dirección del trabajo social, que por haberse identificado con lo científico, no tenía mucha flexibilidad para incorporar a otros paradigmas de pensar. Martínez-Brawley (2001) sugiere que la investigación se hace exclusivista, porque las reglas de investigación y el paradigma prevalente impiden la inclusión.

El pensar post-modernista y la reaparición de las humanidades

La introducción de la sensibilidad post-modernista con Foucault (1980) reinició el interés en modalidades de pensar diferentes aunque no eran realmente nuevas en la profesión. El debate entre el modernismo y el post-modernismo no pertenecía al trabajo social, pero la posibilidad de legitimar epistemologías alternativas fue muy seductora para algunos líderes en la profesión. La creencia de que el modernismo se adhiere a una sola verdad mientras que en el postmodernismo todo vale fue siempre una exageración pero el postmodernismo introduce la incertidumbre, la duda y la ambigüedad, que son características esenciales de la condición humana. Mientras que el modernismo aspira a llegar a conclusiones firmes, el postmodernismo abre las puertas al devenir y a la transformación del ser.

Ann Hartman, como editora de la revista *Social Work*, tuvo un púlpito influyente en los años ochenta y noventa. Hartman (1990) sugirió que hay muchas verdades y maneras de conocer y que cada una profundiza nuestro entendimiento de las dimensiones humanas del mundo. Hartman entró en el debate entre la ciencia y el humanismo porque su preocupación incluía el status de las minorías raciales, étnicas y de género. Después del libro de Foucault, *Power/Knowledge* (1980), el postmodernismo afirmó que todos los debates filosóficos aspiraban a usurpar el poder "del otro" (EPSTEIN, 1999). Hartman añade que en la profesión, el debate sobre la investigación es una lucha por el control político, liderazgo y futuro de la misma. Hartman se acopla a Karger y Stoesz (1983) quienes habían dicho que en el ámbito de la investigación, "aquellos que formulan las preguntas definen los parámetros de las respuestas y son esas respuestas los lentes a través de los que se percibe la realidad" (p. 202).

El debate se había localizado no solo en las revistas técnicas sino también en la asociación profesional. Witkin (2000), como editor, continuó la tradición de Hartman insistiendo en la aplicación de una sensibilidad humanística postmoderna en el trabajo social. Para él, las limitaciones impuestas por el método científico habían introducido en la profesión un lenguaje espartano que niega la complejidad de la narración rica en imágenes y detalles. Witkin comentaba que escribir en la ciencia es solo hacer un reportaje de lo que sucede en la naturaleza. El científico es un reportero que evita introducir sus valores, pero en el trabajo social, lo que se escribe está embebido en los valores de la profesión y del escritor. Por otra parte, en la escritura científica, no se da importancia al mérito literario, mientras que en el trabajo social, las palabras y el estilo que se eligen generan imágenes específicas. El escritor o investigador en trabajo social dirige la mirada a ciertas cosas pero no a otras, favorece ciertas interpretaciones, pero ignora otras. En verdad, el escritor hace juicios morales y estéticos al presentar su material. Para Witkin, no hay escritura en el trabajo social que esté "libre de valores." Witkin (2001) criticó también la obsesión del trabajo social con mediciones. La retórica de la medición y las pruebas estadísticas apelan a la creencia en verdades medibles.

Entre los post-modernistas había no solo conciencia de las minorías étnicas sino también deseo de avanzar los derechos humanos re-afirmados en la Declaración de las Naciones Unidas de 1992. Wilkin (1998) expuso sobre el tema, al mismo tiempo en que percibían que el concepto de derechos humanos no era necesariamente científico. Desde la perspectiva de Witkin, el entendimiento profesional de los derechos humanos se limitaría por el lenguaje de la ciencia. Pensaba que el mejor modo de ilustrar los derechos humanos era a través de historias que incluían sentimientos y *pathos*². "El lenguaje científico profesional de práctica y de investigación es estéril, esotérico, controlable, estandarizado y reembolsable" (WITKIN, 1998, p. 199). Después del 2002 los temas de Witkin desafortunadamente se debilitan en la revista.

El nuevo siglo en la sensibilidad postmodernista en el trabajo social

Al entrar al siglo XXI, la sensibilidad postmoderna es menos evidente y hasta estar retrocediendo en los EEUU. Voces humanistas que tratan de mantener un paradigma humanístico-científico abierto aparecen más frecuentemente en publicaciones internacionales (PAYNE, 1997; PARTON, 1994; LORENZ, 2008; MARTINEZ-BRAWLEY, 2001; FARGION, 2006; WEBB, 1996 and others.). La bibliografía internacional

² Empleo de recursos o temas destinados a emocionar fuertemente al lector o espectador.

responde a la necesidad de tomar conciencia de culturas diferentes que aparecen recientemente en Europa (KORNBECK, 2003; PUGH & CHEERS, 2010). Con la diversidad, las ventajas de un paradigma más humanístico, filosófico, multi-cultural y multilingüe son obvias.

Payne (1997), sugiere que los postmodernistas son actores en la creación de la realidad. El empirismo excluye al profesional como intérprete del conocimiento. Payne (2011) comentó que en el Reino Unido, había muchas organizaciones que alentaban el uso de la práctica basada en la evidencia, ignorando que la evidencia se interpreta a través del contexto y de la política de la organización. Con la evidencia empírica, la práctica basase en la creencia de que con la ciencia se puede controlar al medioambiente. Pero la verdad es que “la práctica humanista no se limita rígidamente a lo que es *evidente...* La práctica humanista desea usar *todo* el conocimiento, *todas* las destrezas, y *toda* la creatividad de los seres humanos (PAYNE 2011, ix).”

El lenguaje afecta la construcción de las teorías en el trabajo social. La teoría positivista, por ejemplo, se basa en la creencia de que el paradigma y el lenguaje científico, en palabras y en presentación, son neutrales y por lo tanto reflejan la realidad observada. Sin embargo, los postmodernistas han retado la idea de que las palabras, sea en el lenguaje científico u ordinario, correspondan a la realidad. La cultura o paradigma en el que vivimos y ejercemos la profesión influye en la construcción de nuestras teorías. Adicionalmente, la teoría basada en la evidencia se basa en dos premisas: 1. que la evidencia generada por las investigaciones empiristas resultan en diagnósticos e intervenciones más eficaces; 2. que el mejor método para diseminar las conclusiones de la investigación es a través de protocolos técnicos (PARTON, 2007). Pero es difícil definir lo que se entiende por evidencia sólida y rigurosa, pues ésta está relegada a los resultados de estudios científicos que usan una cierta metodología. Los protocolos llevan a aproximaciones racionalistas y gerenciales que limitan la discreción y el juicio del profesional. Sin discreción y buen juicio, se desecha todo un bagaje cultural de sabiduría.

Sin embargo, Houston (2001) critica el postmodernismo extremo. Los postmodernistas o constructivistas que reducen el conocer simplemente a un juego lingüístico no ofrecen principios útiles para el trabajo social donde un relativismo extremo sería deficiente dada la magnitud de los problemas que confronta el profesional. El profesional necesita alguna dirección. Rossenau (1992), por ejemplo, ofrece una clasificación que incluye el postmodernismo *escéptico* y el *afirmativo*. Parton y Marshall (1998) brindan una clasificación similar. El postmodernismo afirmativo, adopta un relativismo moderado que permite al trabajador social engancharse en la re-definición de la verdad en vez de negarla. En las teorías del trabajo social, estas posiciones medias y discretas evitan la rigidez que se criticaba en la metodología científica.

Conclusiones

Los diferentes paradigmas en el trabajo social determinan cómo la profesión percibe las preguntas que se hacen y cómo los investigadores evalúan las metodologías que se usan. En las primeras décadas de la profesión, las metodologías fueron “blandas”, discursivas y compatibles con las contribuciones humanísticas. Los profesionales en la práctica solían tener un gran papel en la formulación de los temas de investigación o discusión pues ellos constituían la mayoría del cuerpo profesional. Durante el periodo del positivismo fuerte (que trataba de imitar las ciencias naturales), los profesionales de campo no eran los que formulaban las preguntas o contribuían a las respuestas. El papel fundamental pasó al académico y al intelectual. Se introdujeron los equipos profesionales de investigación para recoger datos a gran escala, cosa que un solo practicante no lo podía hacer.

En el periodo postmoderno sucedió algo similar en cuanto al papel del académico, aunque por diferentes razones. Witkin (1998) comentó que las profesiones siempre pueden preguntarse a quiénes representan sus líderes. En verdad, el movimiento postmoderno aunque muy compatible con la práctica de campo y con la realidad percibida por los trabajadores cercanos a los clientes, tuvo siempre un dejo de elitismo intelectual y como consecuencia no se popularizó mucho entre las agencias de trabajo social. En los EEUU, las agencias estuvieron siempre involucradas en una práctica profesional que quería demostrar su efectividad y justificar su costo. Hoy, en el mundo entero, las agencias buscan certezas, menor costo, menos riesgo y resultados fácilmente reportables a las autoridades. Las agencias se dieron cuenta que es fácil reproducir modelos importados, fueran o no adecuados al contexto local. El postmodernismo no ofrece certeza en la transferencia de conocimiento (MARTINEZ-BRAWLEY y ZORITA, 1998). El medioambiente natural del postmodernismo es la ambigüedad, la duda, la falta de certeza.

Nuestras reflexiones no llevan a descartar ninguna metodología o filosofía exclusiva. Cada una tiene un cierto valor. Aun el modernismo, no fue unidimensional. Hubo muchas formas de modernismo aunque la que más recordamos hoy es la que se refiere a las mejoras socio-políticas, económicas, de ciencia y tecnología. Pero existe también otro tipo de modernidad, llamada “modernidad tardía” (WEBB, 1996) que se adecúa a una ambivalencia entendida como tensión dramática.

Desafortunadamente, la sociedad de masas, la estandarización y la tecnología dejaron de lado a la intuición, la creatividad, el saber local, y muchas otras destrezas profesionales que el humanismo valoraba. Cuando los protocolos dominan la práctica, es difícil ejercer el arte de la improvisación que fue siempre una virtud del trabajador social. Desde un punto de vista positivo, el postmodernismo ha creado nuevas esperanzas de reconciliación con valores humanistas.

Bibliografía

- AUSTIN, D.M. (1983). The Flexner myth and the history of social work. *Social Service Review*, 57 (3), 357-377.
- BARTLETT, H. y Saunders, B. (1970). *The common base of social practice*. National Association of Social Workers (NASW).
- COHEN, N.A. (1956). Message from the President. *Social Work*, 1, p. 2.
- EPSTEIN, L. (1999). The Culture of Social Work, pp. 3-26 in A. Chambon, A. Irving and L. Epstein, eds. *Reading Foucault for Social Work*. N.Y.: Columbia University Press.
- FARGION, S. (2006). Thinking professional work. *Journal of Social Work*, 6(3), 255-273.
- FISCHER, J. (1973). *Is casework effective? a review*; *Social work*, 18(1), 5-20
- FISCHER, J. (1978). *Effective Casework Practice: an Eclectic Approach* (1978). New York: McGraw Hill.
- FLEXNER, A. (1915). Is social work a profession? Address to the Forty-Second Annual Session of the National Conference of Charities and Corrections, Baltimore, May. Retrieved <http://www.socialwelfarehistory.com/programs/is-social-work-a-profession-...> Retrieved 01/12/2015
- FOUCAULT, M. (1980). *Power/knowledge: selected interviews and other writings, 1972-77*. Edited by Colin Gordon. N.Y.: Pantheon.
- GOLDSTEIN, H. (1992). If social work hasn't made a progress as a science, might it be an art? *Families in Society*, 73(1), 48-55.
- GORDON, W. (1965). Toward a social work frame of reference. *Journal of Education for Social Work*. 1(2), pp. 19-26.
- HARTMAN, A. (1990). Many ways of knowing. *Social Work*, 35(1), 3-4.
- HEINEMAN, M.B. (1981). The obsolete scientific imperative in social work research. *Social Service Review*, 55(3), 71-397
- HOUSTON, S. (2001). Beyond social constructionism: critical realism and social work. *British Journal of Social Work*, 31, 845-861.
- HOWE, D. (2009). *A brief introduction to Social Work theory*. Houndmills, Basingstoke: Macmillan.
- KARGER, H, J. & STOESZ, D. (1983). *American social welfare policy*. (3rd. ed.) New York: Longman.
- KORNBECK, J. (2003). *Language teaching in the social work curriculum*. Mainz, Germany: Logophone-Verlag.
- LORENZ, W. (2008). Towards a European model of social work. *Australian Social Work* 61 (1), pp.7-24.
- MACDONALD, G., SHELDON, B. and GILLESPIE, J. (1992). Contemporary studies of the effectiveness of social work. *British Journal of Social Work*, 22, pp. 615-643.
- MARTINEZ-BRAWLEY, E. (2001). Searching Again and Again: Inclusion, Heterogeneity and Social Work Research. *The British Journal of Social Work*, 31(2) March/April, 271-285.
- MARTINEZ-BRAWLEY, E. (2012). Historia del Trabajo Social en Estado Unidos, in Fernández-García, T.M., de Lorenzo, R. and Vazquez-Aguado, O. (eds), *Diccionario de Trabajo Social*, Madrid, Editorial Alianza (2012), pp. 264-265.
- MARTINEZ-BRAWLEY, E. and Zorita, P. (1998). At the Edge of the Frame: Beyond Science and Art in Social Work. *The British Journal of Social Work*, 28(2), 197-212.
- PARTON, N. (1994). The nature of social work under conditions of (post)modernity. *Social Work and Social Sciences Review*, 5(2), 93-112.

Bibliografía

- PARTON, N. (2007). Constructive social work practice in an age of uncertainty. In Stanley L. Witkin & D. Saleebey (eds.) *Social work dialogues*. Alexandria, VA: CSWE, pp. 144-166.
- PARTON, N. & MARSHALL, W. (1998). Postmodernism and discourse approaches to social work, in Robert Adams, Dominelli, Payne and Campling. *Social Work. Themes, issues and critical debates*. Macmillan Education U.K., pp. 240-249.
- PAYNE, M. (1997). *Payne, Malcolm (1997). Modern social work theory (2nd ed.)*. Chicago, Illinois: Lyceum Books.
- PAYNE, M. (2011). *Payne, Malcolm (2011). Humanistic social work: core principles in practice*. Chicago, Illinois: Lyceum Books
- PUGH, R. & Cheers, B. (2010). *Rural social work: An international perspective*. Bristol, UK: The Policy Press.
- RICHMOND, M. (1917). *Social Diagnosis*. Russell Sage Foundation.
- ROSSENAU, P. (1992). *Post-Modernism and the Social Sciences: Insights, Inroads, and Intrusions NJ*: Princeton University Press
- SHELDON, B. (1986). Social work effectiveness experiments: Review and implications. *British Jl. of Social Work*, 16, 223-242.
- THOMAS, E. J. (1967). *The socio-behavioral approach and application to social work*. New York: Council on Social Work Education.
- THYER, B. A. & Hudson, W.W. (1987). Progress in behavioral social work: and introduction. *Journal of social service research*, 10 (2-3-4) pp.1-6
- TURNER, F. (2011). *Social Work treatment. Interlocking theoretical approaches*. Oxford University Press.
- UNITED NATIONS CENTER FOR HUMAN RIGHTS (1992). Declaración de las Naciones Unidas de 1992.
- WEBB, S.A. (1996). Forgetting ourselves? Social work values, liberal education and modernity. *Studies in the Education of Adults*, 28(2), 224-240.
- WITKIN, S.L. (1998). Greetings. *Social Work*, 43(2), 101-103.
- WITKIN, S. L. (2000). Writing social work. *Social Work*, 45(5), 389-394.
- WITKIN, S.L. (2001). The measure of things. *Social Work*, 46(2), 101-104.
- ZIMBALIST, S.E. (1977). *Historic themes and landmarks in social welfare research*. New York: Harper and Row.